

EL HORROR QUE ALLÍ PRESENCIÉ

Sentí una gota de sudor recorrer por toda mi espalda. Llevábamos varias horas de vuelo desde que salimos de Sevilla, para llegar al sur de África, donde recientemente habían bombardeado una ciudad, y era necesaria toda la ayuda posible. Cada vez hacia más calor.

Cerré los ojos. Era la primera vez que me destinaban fuera de España, y mis sentimientos se confundían entre la preocupación, nerviosismo e ilusión. Poco tiempo después, el compañero que tenía al lado me zarandeó, indicándome que debíamos salir.

Me levanté y recogí el casco azul de mi uniforme, el fusil que debíamos llevar como parte de la equipación y la mochila con un botiquín, cantimploras y algo de comer: pan, galletas para los niños...

El Coronel nos reunió, y dio las reglas básicas para que todo funcionase correctamente y sin riesgo alguno: debíamos tener siempre un compañero a pocos metros y al anochecer teníamos que volver a nuestro campamento. El idioma con el que nos comunicaríamos sería del que habíamos hecho un curso intensivo durante meses, y también utilizaríamos las pocas palabras que dominábamos del idioma del lugar.

Pudimos romper filas, y nos acercamos al campamento de chabolas. Se veía la miseria por doquiera. Las supuestas casas estaban hechas de chapa, constaban de una sola habitación, y como puerta tenían una manta raída. Se veían muy endeble hasta tal punto que con un par de golpes caían, y todo estaba cubierto por una costra de polvo, bajo la crueldad del sol.

Si veía que algún soldado entraba en las chabolas pasaba de largo, hasta que, de repente, oí en una de ellas un grito de un niño pequeño.

Cargué el fusil. No iba a ir desprevenido. Aparté la tela de golpe, y lo que vi me dejó paralizado. Había visto muchos vídeos en nuestros cuarteles de origen, en nuestros cuarteles españoles. Vídeos que ilustraban escenas muy duras para la experiencia de cualquier soldado, pero nadie me preparó para lo que allí presencié.

Había cuatro niños, esqueléticos. Dos niñas y dos niños, sentados en el suelo, justo delante de la puerta. La más mayor podía tener como mucho diez años, y sostenía en sus brazos al más pequeño, que tenía tres o cuatro años a lo más. El que lloraba era el menor. Cuando me vieron entrar con el fusil se echaron a temblar, y el pequeño cada vez lloraba más. Los dos más mayores echaron su cabeza al suelo y se la cubrieron con las manos, como no queriendo ver lo que ocurriría. Rápidamente, solté el arma en el suelo y levanté las manos.

Intentando hablar francés, les dije: “Shh... Calma...” –utilizaba el tono que se suele usar con los animales heridos u asustados- “No os voy a hacer daño... No pasa nada, no tengáis miedo...”

A la más mayor se le empezaron a caer lágrimas de los grandes ojos oscuros que tenía, y éstas dejaban surcos en la mugre de su piel. “No nos haga daño, se lo suplico” me dijo.

“No, no, yo estoy aquí para ayudaros” respondí. “No llores. Seguro que tienes hambre.” Abrí la mochila y, le di una de las cantimploras. Bebió un sorbo y después, otro, y otro más. Cogí otra, mientras veía como la niña se contenía, y le daba a sus hermanos. Se la bebieron, mientras los que no estaban tomando me miraban con cara de súplica. Busqué en la mochila, y de ella saqué las galletas, que tomaron, ávidos. Por la mente, se me pasó la pregunta de cuánto tiempo llevarían sin comer algo decente. Los niños, una vez engañada su hambre, se quedaron mirándome, fijamente. Carraspeé, incómodo, cuando uno de los niños me preguntó que quién era, y qué hacía allí. Mirándole, le respondí.

“Me llamo Alfonso, y soy de España, un lugar muy lejos de aquí. Vine porque un amigo me

contó que estabais vosotros aquí con hambre, y como a mí me sobra comida, pues os he traído un poco.” También, le pregunté a la mayor: “¿Sabes dónde están vuestros padres?”

“Desaparecieron un día.” Me respondió. “ Nos dejaron solos a mis hermanos y a mí. Los días siguientes la encontramos a ella, que tampoco sabían donde estaban sus padres, y le dejamos quedarse con nosotros. El día del bombardeo, en cuanto nos despertamos por el ruido salimos hacia el campo con lo puesto, y como siempre dormimos vestidos por si acaso... Fuimos el otro día a la ciudad, y de nuestra casa no quedan más que ruinas”

“¡Ah!... Bueno, ya pasó todo. Aquí, todos los que tenemos el casco azul, os vamos a ayudar. Podéis pedirnos ayuda si os ocurre algo. ¿Queréis venir conmigo a verlos?”

Los llevé con mis compañeros, que eran médicos, ATS u otros que tenían conocimientos de Medicina aunque era evidente que todos sabíamos que estaban desnutridos, pero quería asegurarme que no tuviesen enfermedades importantes.

Al llegar al campamento que teníamos, ya había gente que había sido atendida. Personas de todas las edades estaban allí, todas completamente diferentes, pero con algo común entre ellas. Todos tenían una mirada que encerraba mucho dolor y tristeza. Había tullidos, muchísimos, y heridos. También enfermos, de mayores y menores padecimientos. Muchas mujeres maltratadas, con el cuerpo morado por los golpes, y muchos hombres heridos de balas. Pero lo que más abundaba, por encima de todo, eran muchas personas malnutridas. Quise que los auscultase y realizase algunas pruebas médicas, una amiga, la cual se había alistado conmigo, y ella me tranquilizó cuando me confirmó que, además del trauma emocional y la desnutrición, no tenían ninguna enfermedad de gravedad.

Días más tarde supe que, a parte de eso, la niña más mayor había sido violada por un hombre blanco portador de una escopeta, por ello su reacción ante mí, al verme por primera vez llevando un arma similar.

Cuando estuve seguro de que los niños que conocí estaban en buenas manos, volví la mirada hacia atrás, y vi todas las casuchas de ese estilo que nos quedaban. Esos no eran los únicos niños que allí había. Ni muchísimo menos. Allí se congregaban horrorosas historias de personas, las cuales habían sobrevivido, viendo morir a los suyos.

Retiré el sudor de mi frente con el dorso de la mano, y me encaminé otra vez al campo de refugiados, me quedaba mucho por entregar de mi acomodada vida y había tantos que necesitaban un poquito de ella. Esta experiencia me despertó definitivamente mi vocación: trabajar dando lo mejor de mí con los niños refugiados en nuestros campamentos militares. ¡Este descubrimiento dio definitivamente sentido a mi vida!